

BADAJOZ EN 1658

FRENTE A LOS MUROS DE SAN CRISTÓBAL

Concentrados en la plaza de Elvas los maestros de campo y tenientes generales del ejército portugués, se reunieron en el convento de San Francisco para acordar las operaciones preliminares del sitio de Badajoz en 1658. Juan Mendes de Vasconcellos quiso atacar primeramente el fuerte de San Cristóbal, apoyándose en el parecer de Lassarte, antiguo y excelente ingeniero francés, quien aseguraba que, ganado este lugar, el resto de la empresa sería cosa fácil y rápida.

Los reunidos se mostraron conformes con esta proposición, excepto el maestro Simón Correa, que con prudentes y militares razones defendió su opinión contraria, por entender que, siendo el fuerte de San Cristóbal, por su situación topográfica y su «fortificación moderna», el punto más importante de la defensa de Badajoz, el ataque, además de arriesgado, había de consumir mucho tiempo, tal vez el suficiente para que los castellanos se abastecieran de víveres y municiones, y ganasen con obras exteriores los sitios estratégicos, des-

apareciendo en tal caso las ventajas de sitiar la ciudad, desprovista de aquellos elementos, que se habían acumulado en otros lugares por considerarlos más expuestos a la codicia de los portugueses. De nada sirvieron a Simón Correa sus razonamientos, y decidido el ataque al fuerte de San Cristóbal, partió de Elvas el ejército el 12 de junio de aquel año, víspera de San Antonio, que se estimó el más feliz para dar principio a tan peligrosa operación.

La salida de Elvas produjo gran revuelo en Badajoz. El alto mando militar sabía confidencialmente que «los rebeldes habían comenzado a hacer frente de banderas en los olivares de aquella plaza con voz de que era para Badajoz o Olivenza», inclinándose los castellanos a creer que esta última población sería el primer objetivo, por conocerse que en Jurumena se hacía gran provisión de víveres, y por saberse también que a los vecinos que no quisieron quedarse en Olivenza cuando la conquistó el duque de San Germán, y que accidentalmente vivían en Estremoz, Villaviciosa y Borba, les estaba prohibido trasladarse a otra parte, «de donde podía colegirse que trataban de restituirles a sus casas» (1). Además, en nuestro ejército se pensaba que la empresa de Olivenza era la única que políticamente convenía al crédito y conservación de los rebeldes, pues el ataque a Badajoz había de despertar las dormidas energías de los castellanos para acudir, no sólo a su defensa, sino también, con más calor, a la reconquista del reino portugués. Por tales consideraciones decidieron los españoles que el maestro de campo, general D. Alonso Moxica, se hiciera cargo de la plaza de Olivenza, y que se trasladasen a ésta las municiones que estaban en Villalba de los Barros.

Así se discurría en Badajoz cuando los batallones de vanguardia del ejército portugués cruzaban la ribera del Caya.

(1) Sucesos del año 1659. Ms. B. N.

El duque de Osuna, acompañado del teniente general D. Juan Pacheco, salió de Badajoz a observar los movimientos del enemigo, y pronto pudo convencerse que su plan era poner cerco al fuerte de San Cristóbal. Y gracias que los portugueses, en los primeros días, sólo se preocuparon de fortificar su alojamiento, dando lugar a que se pusieran en juego los elementos defensivos, y a que Badajoz se proveyese de trigo, harina, municiones y otras cosas necesarias, cuya falta le hubiera puesto en grave aprieto, si los lusitanos, abandonando la idea del fuerte, hubieran atacado la ciudad. Es decir, si hubieran llevado a la práctica la propuesta del maestro de campo Simón Correa, tan ligeramente rechazada por Mendes de Vasconcellos en la reunión que tuvieron los jefes para tratar del orden de la campaña.

Constaba el ejército portugués de catorce mil infantes, tres mil caballos, veinte piezas de artillería, dos morteros y los indispensables instrumentos de expugnación. Todas las fuerzas acamparon en Santa Engracia, lugar no distante de San Cristóbal, donde hallaron buen acomodo, con agua de pozo abundante y potable que les sirvió de gran alivio, porque, de no haberla encontrado, hubieran precisado valerse, en arriesgadas operaciones, de la del Guadiana, poco agradable y nada salúfiera.

Dió principio a las baterías y aproches el general de Artillería D. Alfonso Hurtado, auxiliado del teniente general D. Manuel Ferreira Rabello, de los comisarios y de los capitanes y oficiales precisos para tan arduo intento. En seguida comprendieron la dificultad de la empresa. El campo era duro de labrar; la tierra y la fajina, escasas para cubrir los fortines y aproches, y de la plaza todos los días se cambiaba la guarnición del fuerte por una línea de comunicación, de modo que sin mucho trabajo era defendido por los castellanos.

Tarde comprendieron los portugueses la equivocación de

los ingenieros al afirmar que el socorro de la plaza podía fácilmente impedirse. Muy poco, casi nada, conseguían en su diaria labor, y sus pequeños adelantos eran a costa de numerosas bajas. Queriendo Mendes de Vasconcellos solucionar de manera rápida esta embarazosa situación, dispuso, con el parecer de otros jefes, un ataque general, por ser verosímil que esta operación a fondo ahorrara vidas y esfuerzos. Tal intento no pasó inadvertido.

Según el manuscrito de la Biblioteca Nacional citado más arriba, el propósito de los rebeldes fué asaltar por sorpresa el fuerte de San Cristóbal; pero enterado de este proyecto el duque de San Germán, hizo coronar el camino cubierto de una buena estacada, sin olvidar las prevenciones exteriores, y dejó dentro del recinto al maestro de campo Gabriel Díaz de la Cuesta con tres compañías de cada tercio. Un soldado nuestro que se pasó a los portugueses les advirtió el peligro, y en virtud de esta noticia excusaron el asalto y se acomodaron al aporche. Para evitar que adelantaran las obras enemigas, se fortificaron los castellanos fuera de la estrada cubierta, con dos medias lunas que se daban la mano en una trinchera, desde las cuales se descubría mejor el trabajo de los sitiadores y se les molestaba con mayor daño. Por consiguiente, era necesario a los rebeldes, si no querían interrumpir sus operaciones, ocupar las indicadas medias lunas.

Y en efecto, lo intentaron aprovechando la obscuridad de una noche. Hiciéronse alumbrar con fuegos de artificio y con breas encendidas en las picas para no perder la orientación, y en medio de un vocerío imponente iniciaron el avance. Aturdida la guarnición española por la inesperada acción, abandonó precipitadamente las medias lunas, refugiándose en el camino cubierto, pero se repuso muy pronto y volvió de nuevo a ocupar las citadas posiciones. Al abandono contribuyó, y no poco, el no haber acudido las tropas que esta-

ban de guardia con la presteza debida. Los rebeldes no supieron aprovechar las ventajas que les proporcionó la retirada de nuestros soldados, y por falta de decisión malograron sus esfuerzos. No se atrevieron al asalto de la estacada, que en tan grande confusión no ofrecía dificultad alguna. Esto fué causa de que se juntaran los oficiales y varios paisanos que se hallaban en el fuerte, y decidieran una salida para disputar palmo a palmo el terreno al enemigo. La hicieron asistidos por la caballería y algunos soldados de la ciudad, y lograron la retirada de los portugueses, después de perseguirles hasta unos doscientos pasos más allá de las medias lunas. Esta acción, según el relato que tenemos presente, nos costó treinta bajas. Los rebeldes tuvieron más de ciento entre muertos y heridos.

La situación, de momento, quedó despejada. Había tranquilidad en el campo, y teniendo en cuenta el cansancio de la guarnición del fuerte, el duque de San Germán dispuso su relevo. Entró a gobernarlo con su tercio D. Simón de Castañiza, y desde entonces periódicamente se sustituían los maestros de campo y sus tropas respectivas con objeto de evitar las molestias de un servicio dilatado. Para mayor seguridad, se construyó un reducto en la cabeza del puente y se ensanchó la trinchera que iba desde este lugar al fuerte, franqueándola a conveniente distancia con dos medias lunas que la hacían casi inexpugnable. También se reunieron todas las barcas del Guadiana, para en caso necesario facilitar los socorros. Y así acabó este episodio de la guerra de Extremadura.

No puede negarse que la guarnición del fuerte se vió sorprendida por la forma tumultuosa con que fué atacada, pero también es cierto que el precipitado abandono de su posición indica, en el mejor de los casos, la carencia de un plan defensivo del que nunca debe prescindir un militar en campaña, y muchísimo menos cuando los contrarios, como suce-

día en esta ocasión, acechaban el momento oportuno para acometer el punto más débil o menos vigilado. Tampoco pudieron ufanarse los portugueses de su momentáneo triunfo. No hubo táctica y faltó el arrojo de los atacantes en el período decisivo. Bien claro lo dice el relato. Bastó el esfuerzo de unos cuantos hombres de buena voluntad para que las cosas volvieran a su ser y estado. Desde entonces pudo apreciarse que fracasaban las intenciones del enemigo, porque difícilmente había de presentársele ocasión más propicia para conseguir la ansiada conquista del fuerte de San Cristóbal, que como enorme atalaya se levanta en la cresta del cerro de su nombre, siendo celoso y constante vigía de la ciudad y del río.

JESÚS RINCÓN.